

España, 1975-1977: la democracia que se ganó en la calle

Spain, 1975-1977: The Democracy won in the Streets

Óscar J. Martín García
INGENIO (CSIC-UPV)

¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?

Desde comienzos de la década de 1970, el protagonismo político de Franco tuvo un carácter paradójico. Por un lado, el dictador mantenía el poder simbólico y la capacidad de decisión final, pero su capacidad de liderazgo efectivo se vio considerablemente mermada por la enfermedad, la edad y la creciente división entre las diversas «familias» del régimen. Su relevancia residía más en ser el elemento aglutinador que impedía el colapso de una dictadura crecientemente deslegitimada que en su capacidad de dirección política activa.

Como tantas veces se ha dicho, Franco murió en la cama. Sin embargo, su desaparición no supuso el inicio inmediato de un proceso de cambio democrático pacífico y conducido desde arriba por las élites políticas. La interpretación canónica de la Transición española ha mostrado una marcada tendencia a situar el inicio del cambio de régimen el 20 de noviembre de 1975, ha-

ciendo coincidir el fin de la dictadura con el fallecimiento de su titular. Tal periodización responde a una estrategia narrativa y política que busca establecer un cordón sanitario cronológico entre la monarquía y sus orígenes franquistas, proyectando así una imagen que vincula intrínsecamente la figura del rey Juan Carlos con la recuperación de las libertades democráticas. No obstante, esta visión borra del relato histórico al primer gobierno de la monarquía, el cual trató de implantar una especie de pseudo-democracia respetuosa con los principios de la dictadura, lo que en realidad equivalía a perpetuar el franquismo sin Franco. El tibio aperturismo político puesto entonces en marcha por el presidente Arias Navarro y el ministro Manuel Fraga pretendía instaurar una especie de monarquía franquista, pero su programa de reformas limitadas se vio frustrado por la agudización de una imponente presión social democratizadora que surgió desde abajo y desde las bases de la sociedad civil.

A este respecto, tras la muerte de Franco emergió un nuevo escenario político en el que se expandieron las posibilidades de la protesta contra del régimen. La des-

aparición del «Caudillo de España», «Jefe de todos los Ejércitos» y «Cabeza del Movimiento Nacional» abrió nuevas oportunidades políticas que facilitaron el incremento exponencial de la contestación y agitación antifranquista en las calles. La coyuntura política abierta por la muerte del dictador, en un contexto caracterizado por una severa crisis económica y el progresivo debilitamiento de las instituciones autoritarias, desbordó las expectativas de cambio democrático de amplios sectores de la ciudadanía, que interpretaron el momento histórico como una oportunidad decisiva para conseguir la democracia. Esta movilización social se materializó en una intensa oleada huelguística a lo largo de la primera mitad de 1976 que, a pesar de enfrentar una dura represión policial, contribuyó de manera determinante a generar las condiciones políticas necesarias para el cambio de régimen.

¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?

Durante las décadas de 1960 y 1970 se produjo la convergencia e interacción de una serie de factores que influyeron considerablemente en la crisis del franquismo y el posterior devenir del proceso de Transición a la democracia. Entre éstos, cabe destacar el acelerado proceso de expansión económica y profundo cambio social experimentado por España en ese periodo. El llamado «milagro económico» español entre 1959 y 1973 transformó radicalmente la estructura social del país. Durante esos años, la emergencia de una incipiente sociedad de consumo, el turismo y la emigra-

ción tanto interna como exterior impulsaron un proceso de secularización y cambio de mentalidades que fue reforzado por el fuerte impacto cultural del relevo generacional. Todos estos elementos coadyuvaron una progresiva transformación operada en los hábitos y las actitudes políticas de la sociedad española, cada vez más atraída por valores y comportamientos que colisionaban frontalmente con las bases ideológicas del franquismo. También es preciso señalar que desde finales de los años sesenta el régimen vivía una honda crisis de sucesión y desmembramiento interno. El asesinato por ETA del presidente Carrero Blanco a finales de 1973 acentuó e hizo más evidente la descomposición y división entre los llamados sectores «aperturistas» y el «búnker». Además, importantes pilares de la legitimación social e ideológica de la dictadura —entre ellos la Iglesia y la burguesía industrial— comenzaron a distanciarse del régimen y a favorecer el establecimiento de una democracia parlamentaria convergente con los sistemas políticos de Europa occidental. En paralelo, la crisis del petróleo de 1973 actuó como catalizador que aceleró todas estas contradicciones. Sin olvidar que el deterioro de la coyuntura económica se desarrolló en un contexto exterior progresivamente propicio para la democratización del país, especialmente tras la amenaza al *status quo* internacional de la Revolución Portuguesa en abril de 1974.

Sin embargo, el proceso de erosión y deslegitimación de la dictadura no puede entenderse sin tener en cuenta el creciente conflicto social que se desarrolló y extendió por todo el país desde la década de 1960. El movimiento obrero y la contestación estudiantil, a los cuales se sumaron las reivindicaciones vecinales a partir de los años setenta desempeñaron un papel fundamental como vector desencadenante tanto de la crisis del franquismo como del posterior



Manifestación contra el TOP durante los últimos años de la dictadura en Madrid (AHPCE).

proceso de democratización. En este periodo se registró un incremento significativo de las manifestaciones, huelgas y protestas que no solo expresaban el rechazo al franquismo, sino que prefiguraban nuevas formas de participación política y ciudadanía activa.

Los movimientos sociales constituyeron un actor fundamental en el proceso de debilitamiento del régimen franquista, contribuyendo de forma determinante a su fragilidad en el momento de la muerte de Franco. El fallecimiento del dictador en noviembre de 1975 desencadenó una galerna de huelgas y luchas sociales que hicieron fracasar el proyecto del primer gobierno de la monarquía orientado a perpetuar el franquismo sin Franco. Posteriormente, tras el nombramiento de Adolfo Suárez como presidente del gobierno en julio de 1976, las negociaciones entre las élites reformistas del régimen y la oposición democrática se desarrollaron bajo el constante telón de fondo de una fuerte conflictividad social.

La acción colectiva organizada frustró la tentativa de preservar las estructuras autoritarias bajo nuevos ropajes institucionales. Durante los meses finales de 1976 y comienzos de 1977, el temor a una radicalización incontrolable obligó al reformismo postfranquista a adoptar soluciones de compromiso que, si bien no se materializaron en la ruptura democrática largamente ansiada por la oposición antifranquista, permitieron avanzar hacia la democracia. Durante esos meses, la presión ejercida desde abajo condicionó tanto el ritmo como el contenido de las transformaciones políticas, obligando al gobierno de Adolfo Suárez a acelerar y profundizar un proceso de cambio que inicialmente concebía de manera más gradual y controlada. Y todo ello a pesar de la disposición de las autoridades reformistas a utilizar las fuerzas del orden público del Estado para contener y limitar los avances del proceso democratizador.

¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?

Un examen riguroso de las alternativas políticas tras la muerte de Franco demuestra la existencia de múltiples proyectos viables que competían por definir el futuro del país. A grandes líneas, la oposición antifranquista, particularmente los sectores comunistas y de extrema izquierda, apostaba por una ruptura radical con el sistema franquista, que diese lugar a una democracia con un alto grado de participación popular. A comienzos de 1976 esta alternativa presentaba condiciones favorables para su materialización. En primer lugar, los meses posteriores a la muerte del dictador se caracterizaron por un elevado nivel de conflictividad social que creaba el clima propicio para un profundo cambio político. En segundo lugar, el Partido Comunista de España (PCE) había desarrollado, durante las décadas de resistencia antifranquista, estructuras organizativas eficaces y cuadros dirigentes experimentados que le conferían una notable capacidad de acción política y movilización social. Finalmente, tanto la izquierda como el conjunto del movimiento antifranquista gozaban de una considerable legitimidad democrática, en contraste con unas elites franquistas fuertemente desprestigiadas. No obstante, esta opción enfrentó limitaciones de gran calado. El principal obstáculo residía en la cohesión, disciplina y lealtad institucional del aparato represivo y militar heredado del franquismo. A diferencia de los casos de Portugal, donde la derrota colonial actuó como catalizador de la revolución, o de Grecia, cuyo fracaso militar en Chipre precipitó la caída de la dictadura de los coroneles, el Estado franquista experimentó un

colapso de las estructuras de seguridad que facilitara la vía rupturista. Durante toda la Transición, las elites postfranquistas controlaron resortes estatales clave, como los Ministerios de la Gobernación, Ejército y Justicia. Simultáneamente, la Guardia Civil, la Policía Armada y los servicios de inteligencia preservaron intacta su capacidad operativa, ejerciendo una presión sistemática contra las fuerzas de izquierda que redujo sustancialmente las posibilidades de una profunda transformación democrática. Por tanto, la fuerte represión policial disminuyó considerablemente las posibilidades de una ruptura, si bien la existencia de amplias clases medias moderadas, que preferían la estabilidad y el cambio gradual al riesgo revolucionario, también dificultó el desbordamiento en la calle. A ello habría que unirle la fragmentación de los grupos de la oposición, concretamente las diferencias estratégicas entre comunistas y socialistas, que menoscabaron una acción unitaria y efectiva en favor de un proyecto de cambio radical.

Aunque la opción rupturista no logró materializar sus objetivos máximos, la presión política de la izquierda resultó instrumental para frustrar otras alternativas que se perfilaban tras la muerte de Franco. Entre éstas destacaban tanto los esfuerzos de liberalización cosmética, como las tentativas de involución autoritaria. La salida que finalmente se impuso fue la opción reformista auspiciada por el gobierno de Adolfo Suárez. Si bien este proyecto de democratización gradual desde arriba contó con un respaldo social e internacional nada desdeñable, es necesario precisar dos aspectos fundamentales para explicar su naturaleza y resultados: en primer lugar, su éxito estuvo estrechamente vinculado a la intensa actuación policial, que incluyó la connivencia con la violencia política ultraderechista, ejercida contra las fuerzas rupturistas.

tas durante 1976 y 1977; en segundo lugar, tanto el ritmo como el alcance de las reformas gubernamentales se vieron acelerados y ampliados como consecuencia directa de la lucha política y social impulsada por los partidos y sindicatos de izquierdas.

¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?

La memoria oficial sobre la Transición se articula fundamentalmente sobre los pilares de la interpretación canónica del período, caracterizada por dos líneas argumentativas predominantes. La primera concibe el proceso de instauración democrática como el producto casi unívoco y natural de los procesos de modernización socioeconómica previos. Desde esta perspectiva, el denominado «milagro político» de la Transición constituiría el corolario inevitable del «milagro económico» iniciado con el Plan de Estabilización de 1959. Esta interpretación determinista presenta la recuperación de las libertades como el resultado predecible y necesario de las transformaciones sociales experimentadas por España desde la década de 1960. La segunda línea interpretativa conceptualiza la Transición como un ejercicio de ingeniería política ejecutado desde arriba por las élites dirigentes, especialmente las procedentes del franquismo. Esta lectura ha consolidado una narrativa que presenta la democratización como la obra exclusiva de los «reformistas del franquismo», quienes habrían restaurado la democracia con la aquiescencia de una sociedad española que asistió al proceso como mera espectadora instalada en la desmovilización social y política.

En síntesis, la memoria oficial de la Transición asume que ésta fue, fundamentalmente, el resultado de las transforma-

ciones socioeconómicas de los años sesenta, las cuales establecieron las condiciones estructurales sobre las que actuaron las élites políticas que gestaron el nuevo sistema democrático en la década siguiente. A partir de estos dos ejes, se ha forjado una explicación oficial del período, convertida en el catecismo laico de la nueva democracia, que ha legitimado —a través de una explicación teleológica, casi normativa y no exenta de tópicos— el nuevo marco político, sus instituciones y su clase dirigente.

Esta visión hegemónica ha sido cuestionada por parte de una extensa producción historiográfica que ha demostrado, de forma rigurosa y convincente, que los actores y sujetos colectivos no representaron el mero telón de fondo, inerte y pasivo, sobre el que se desplegó el drama de la democratización. Un corpus significativo de investigaciones evidencia que aquellos no fueron los músicos que simplemente tocaron una partitura compuesta y definida en los centros y salones del poder político, sino que jugaron un papel fundamental, influyendo decisivamente en el ritmo y dirección del proceso de cambio de régimen. Sin embargo, la experiencia colectiva de esos actores no ha sido incorporada aún a la historia con mayúsculas de la Transición. La historiografía que plantea un enfoque desde debajo del cambio político postfranquista ha pasado desapercibida para buena parte de la opinión pública. A pesar de la solidez de muchas de estas aportaciones, sus hallazgos y conclusiones no forman parte de la memoria colectiva del largo y tortuoso camino de la conquista de la democracia. A este respecto, existe una amplia distancia entre el conocimiento académico y el socializado, que es necesario reducir para transmitir a la sociedad un conocimiento más plural, complejo y matizado del final del franquismo y de la transición democrática.

¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?

La introducción de una visión más polifacética de la Transición democrática en el currículum preuniversitario sería conveniente tanto desde una perspectiva pedagógica como epistemológica. Hoy en día la enseñanza sobre este período de la historia reciente de España adolece de una simplificación excesiva que reproduce acríticamente las narrativas oficiales, privando al alumnado de las herramientas analíticas necesarias para comprender la complejidad del proceso de cambio de régimen tras casi cuarenta años de larga dictadura. En las aulas de nuestro país la enseñanza de la Transición tradicionalmente se ha ca-

racterizado por presentar un relato lineal y determinista que enfatiza la modernización económica y el consenso entre élites y minimiza el papel de los actores sociales, perpetuando así una visión que no refleja el estado actual del conocimiento historiográfico. Un tratamiento pedagógico más matizado y problematizador de la Transición, que incorpore la agencia de los movimientos sociales, la conflictividad del período y la diversidad de proyectos políticos en liza, favorecería una educación más sólida en valores democráticos. Asimismo, facilitaría que los estudiantes comprendiesen que la democracia no es la mera concesión de las élites dirigentes, sino el resultado de un proceso complejo y multifacético, en el que la sociedad española más activa y politizada jugó un papel fundamental.